

UNA ENTREVISTA IMAGINARIA
CON FERNANDO GONZALEZ

Escribe: ESTANISLAO GOSTAUTAS

Detesto las entrevistas. Respuestas tontas a preguntas más tontas aún. Pero nada cuesta soñar. Y con Fernando González hay mucho para soñar.

Un día de miércoles, todos los días son iguales, sentado de "fiambre" en una motoneta, como lo dicen los paisas modernos, nos dirigimos por las bellas avenidas de Poblado-Envigado de Medellín hacia el rincón nudista de Colombia. Entramos por el amplio portón, siempre abierto, por sobre los gruesos barrotes que se hicieron para que no salgan las vacas, o la vaca, creo que no hay sino una; y también seguramente para que no entren otras...

Estamos dentro de una finquita del valle de Aburrá. Por un lado está la montaña pelada que camina hacia La Ceja y por el otro, el amplio valle con el Cerro Nutibara al frente. El paisaje es maravilloso, aún para uno, que no es filósofo. A diez pasos, la caravana del tráfico fastidia constantemente con sus motores. En el fondo del jardín, en medio de naranjos-limas, está oculta la casa del filósofo.

Indudablemente estamos en "otra parte", que así se llama. ¿Por qué? Bueno, porque no es más un nombre como cualquiera. ¿Por qué no? diría un antioqueño.

Bajamos de la motoneta. Fernando González, que a las diez de la mañana estaba desayunando, sale a recibirnos. "De milagro está vestido", pensé y me arrepentí. El viejo es muy querido. Entre asceta y sátiro, entre niño y filósofo es un antioqueño muy orgulloso de su prosapia y opina que Antioquia es el fin del mundo. Bueno, para él. Boca ancha, orejas sordas y grandes, nariz chata y ojos vivos son la central de un inconforme. Es un criticón y un remendón de Colombia porque esa "bestia" no es como él quisiera que fuera. Desespera y maldice a "las raquíticas generaciones de Suramérica, púberes con barbas canosas. Donde hay una voz, no hay nada; hay un pueblo ciego que va a la ruina". Pero maldice porque ama. Anatemiza porque ve sus grandes ideales de patria y de patriotas pros-

tituidos ante "la falta de sabidurías" de los colombianos. Ante "esos jóvenes que, cuando dicen algo, profetizan para atrás..."

Fernando González nos estrecha la mano y nos invita a seguir. Dos naranjas para entretenernos mientras él termina de comerse su plato de frijolitos, seguramente recalentados de ayer (?). No se olvida traernos una hoz para las naranjas.

Mientras obligadamente comemos las naranjas, que en verdad son cruce de limas y muy dulces, concentro mis impresiones. De su persona toda, fluye un extraño mundo. Habla en un lenguaje crudo sin ser vulgar. Desnudo y sin contemplaciones. Sus ideas son geniales. No es un estafador de literatura barata. No es como los demás y sus palabras, aún las más simples, están llenas de sentido común. Es profundo sin petulancia. El que haya sido escéptico hasta entonces, respecto a su persona, si es franco tiene que cambiar de opinión y reconocer que está en presencia de un talento.

Fernando González es tal vez el único filósofo de verdad que posee Colombia. Es por eso que ha sido olvidado de los suyos y tan reconocido por los extranjeros, que ven en él, al verdadero representante de estas tierras con todas sus cualidades y con todos sus defectos. Ese y no otro es su valor.

He aquí lo que su traductor Francis de Miomandre dice sobre él: "...espíritu profundamente libre, desprevenido, el de este filósofo ambulante. Ironía, humor y fuego desbordante de paradojas. Rechazo tranquilo y definitivo de todo dogma religioso, de toda moral convencional. Examen a fondo de todos los problemas, acercándolos a una concepción unitaria en que el instinto vital y la razón se acodan sin conflicto: eso son sus obras..."

Y Gabriela Mistral agrega: "...los libros de Fernando me sacuden hondamente. Hay en él una riqueza tan viva, un fermento tan prodigioso que aquello me recuerda la irrupción de los almácigos en humus negro. Es muy lindo estar tan vivo!..."

Jacinto Benavente, seguramente compañero de muchas "juergas" dice: "...Leo siempre a Fernando González con delectación. Su obra es originalísima y del más desenfadado humorismo. Pero no es para todos. Caviar para la multitud, que dijo Shakespeare..."

¿Pero para qué seguir en esas citas tontas? Ahí está la obra del filósofo para el que quiera comprobar lo que ya otras mentes comprobaron. Con Jean Cassou, Azorín, Concha Espina, Unamuno, Miró, Eduardo Santos, Velasco Ibarra, Sanín Cano, Alfonso Reyes, Guillermo Valencia, Gregorio Marañón, José Vasconcelos, Eduardo Herriot, Marcel Brion, Max Grillo, Laureano Gómez, la prensa universal y hasta los arzobispos de Colombia que intervinieron para anatematizar a ese extravagante profeta volteriano.

Solamente la literatura colombiano lo ha repudiado y expulsado de sus páginas. ¿Por qué? Porque es, tal vez, el único que la merece representar dignamente ante la sociedad de las naciones? Es absurdo. Pocos

escritores colombianos y aun americanos pueden enorgullecerse de haber escrito una obra tan original como "mi Simón Bolívar", "Viaje a pie"... Pocos poseen tanto fuego en sus palabras; tanta fuerza en sus ideas; tanta franqueza para expresarlas y tantas estupideces que desnudar. Por eso es volteriano. Por eso desafía a Dios y desafía a los hombres. Pero no es ateo. Como buen antioqueño insulta a Dios e insulta porque lo ama. Insulta al hombre porque lo quiere mejor. Describe sus vicios y sus hipocresías porque se siente hombre y sabe que él también es impuro con su carne y que no puede mentir.

...Porque es menos malo y más filósofo. Un filósofo que no ha hecho escuela y no ha inventado una nueva teoría para quebrar la cabeza de los jóvenes bachilleres. Es un filósofo que vive y escribe. Es un escritor porque coloca un pensamiento detrás de otro y una palabra detrás de otra. Sabe lo que dice y lo dice con llaneza. Este es su mérito de filósofo y de escritor, que otros no logran sino retorciendo las frases y rebuscando ideas que no tienen en las tontas enciclopedias de Espasa.

Acabados los frijolsitos Fernando se nos viene enterito y satisfecho. Empieza la charla. Como no vinimos a hacer un reportaje, el filósofo habla sin empacho. No vamos a traicionarlo.

--Bueno, ¿y quiénes son ustedes? nos pregunta.

--Mi amigo me presenta:

--Un escritor de Bogotá.

--¿Y eso qué es?

--Pues hombre, que es un muchacho que ha publicado ya dos libros y que ahora acaba de escribir una novela.

--Ajá. Un escritor. Y de Bogotá. Muy bien. Y una novela. De esto sí que no tenemos aquí... ¿Y usted quién es? se encara con mi amigo.

--¿Yo? Yo soy un estudiante.

--¿Qué estudias?

--Derecho.

--Me gusta. Me gusta. ¿Y esto qué es? —pregunta tomando un libro que traía mi amigo— ¿un regalo para mí?

Nos miramos. Yo callo. Mi amigo toma la iniciativa y salva la situación.

--Claro Maestro.

--Gracias. Vamos a ver qué dice. Muy bien. —Es un tema muy interesante— y se pone a leer el prólogo. A cada frase se para y comenta agregando una anécdota paisa.

--Me gusta el libro —termina— yo conozco a San Agustín. Es más original y sencillo que lo mejicano. No me gusta lo mejicano. Eso tan recargado. En cambio San Agustín, qué fuerza. Esos sí, son dioses.

—Estamos de acuerdo —dije tontamente—.

—Estuve en San Agustín hace unos años por varios meses. Eso sí fue vivir. Eso sí es nuestro. Fue obra de nuestros abuelos.

El filósofo saca unas cerámicas quimbayas encontradas en Envigado y exclama:

—¡Esto sí es arte! Nosotros somos unos estúpidos. Traemos unos “tronquitos de mármol” y dejamos que se lleven la herencia de nuestros abuelos. Imagínese usted, bustos hediondos los colocamos en las plazas y en cambio, a nuestros dioses les rompemos la cara... Sí. Sí. Nosotros somos vascos, judíos y de madres indias. ¡Ah, esas lindas cacicas nuestras! Qué cuentos de “doñas”. Nosotros no descendemos de doñas. Por aquí, como que no cayeron sino tres. Tres mujeres españolas. Hombre no seamos bobos. Encerrados durante siglos en estas montañas hemos logrado formar un pueblo que no se parece a ninguno. Solo que a esos señoritos se les ha dado por tirarse esto. Porque se ponen una ruana se creen paisas...

El filósofo calla. Descansa. No ha dicho nada especial. Por lo menos no lo recuerdo y sin embargo ese hombre no es un tonto. Sabe lo que dice y cómo lo dice. Yo, me paro; me siento; doy unos pasos y me vuelvo a sentar. No me aguanto en mi puesto.

—Los antioqueños somos ambiciosos —continúa el filósofo sin notar mi inquietud— primero construyeron una raza, luego construyen el dinero y ahora, algunos ya quieren ser artistas. Quieren instruirse y leen. Pintan cuadros que son mamarrachos y se creen unos genios que superan a Miguel Angel. Pero qué va... —y salta una de tantas frases, sus favoritas— aquí no somos sino pendejos con ganas. ¿Qué sabemos nosotros sobre el arte? ¿En qué consiste la creación? No. Aquí copian un mamotreto y lo copian mal, y luego salen con el cuento de que es creación artística. Y qué es la creación artística?... “La creación artística es, la realización de personajes que están latentes en el autor. Nadie puede crear un criminal, un avaro, un santo, un idiota, un celoso, sin que los lleve por dentro. Puede ser buena la apariencia de un artista y crear un monstruo. Pero ahí se traiciona, ahí confiesa... la observación no es bastante por sí sola para creaciones verdaderas...”.

Luego, interrumpe su largo discurso y como despertando dice:

—¿De modo que usted vive en Bogotá?

—Sí —respondí—.

—Lástima... Pero por lo demás no está mal. ¿Y usted es qué?

—Yo, soy lituano.

—De Lituania. Ah sí. Allá, junto a Polonia, en el mar Báltico.

—Si Maestro.

—Yo no soy maestro. Aquí solamente los pendejos son maestros.

—Sí m...

Y continuamos hablando de cosas que ya no recuerdo.

—Cuéntenos algo sobre usted —le insinúa mi amigo.

—Pues verá... “nacé en Bello, población de Antioquia, Departamento de Colombia, en 1895. Nací con tres dientes... porque mi padre era alcohólico, y eso hace madurar pronto. En todo me he adelantado, pero soy niño en dejar de fumar y beber; llevo la cuenta y he comenzado trescientas siete veces a dejar los vicios (y eso hace treinta años atrás)... Soy un eterno estudiante. “He sido cónsul en Marsella, Rotterdam, Bilbao y Génova hasta que Mussolini me expulsó...”

—¿Y cómo fue eso?

—Pues hombre muy simplemente. Escribí “el hermafrodita dormido” y al duce le cayó mal el asunto...

Mi amigo vuelve a la carga y pregunta:

—¿Dicen que usted va a publicar sus obras completas?

—Al diablo las obras completas —contesta picarón— ¿acaso estoy muerto? Todavía puedo escribir. Yo no escribo sino lo que me sale hoy. Lo que fue ayer, ya no me importa. Eso ya no es mío. Así que cómo voy a publicar lo que no es mío?

Estoy como sobre áscuas. Tengo que irme, pues estoy de viaje pero el filósofo no tiene prisa. Como una verdadera deferencia nos conduce a la sala y en un rincón oscuro, como si temiera que la luz pudiese robar tanta belleza, nos descubre una extraña piedra tallada.

—Este es nuestro retrato. Este es nuestro verdadero arte —nos muestra orgulloso una escultura en piedra, maravillosa—. Es un rostro, un poco barroco por el recargo, pero expresivo, picarón, malicioso y bonachón. La nariz chata, pestañas grandes, labios sensuales, ojos pequeños, orejas grandes. Un verdadero Fernando González del siglo XVIII.

El filósofo sonríe satisfecho de nuestra impresión y dice:

—Esto es raza. Esto no lo hicieron en España. Esto sí es digno de Antioquia.

Yo no repliqué. Estaba casi seguro de que la escultura había sido traída de algún lugar de Europa. Habría que examinar la piedra desde el punto de vista geológico. Además en esa época no existían materiales adecuados para pulir de semejante modo la piedra. Eso, solamente pudo hacerse en Italia o Francia. En todo caso la escultura es fantástica y, tal vez, en Colombia no hay nada que se le iguale. Fue encontrada en San Carlos, un pueblo antioqueño, cuya primera fundación fue arrasada por un capitán español, enterrándose así la escultura. Seguramente allí mismo, deberán estar otros restos de la capilla y edificaciones. Sería interesante averiguar.

—Así que me la compré —termina González— por quinientos pesos y me la traje a Medellín y algún día pienso reconstruirlo todo para embelesarme mirando ese rostro maravilloso.

Yo estaba impaciente. Pero el dueño de la casa más que nunca satisfecho de hallar admiradores a su admiración charlaba y charlaba..

Por fin, como despedida nos trajo dos libros a cada uno.

—Los conseguí para unos gringos, pero como ustedes los merecen más...

Me puso una dedicatoria escandalosa: "al sabio lituano..., cuyo único defecto conocido por mí es vivir en Bogotá y haberle dedicado su libro que trata de los dioses nuestros".

Al despedirnos nos ofreció unas naranjas.

—Entonces, demos también una bolsa —dije— como para completar el regalo. Y mientras montados en nuestra motoneta salíamos de "Otra parte", el filósofo, con alpargatas y un cesto en mano se fue a cosechar sus naranjos-limas.

Bogotá, 14 de diciembre de 1961.